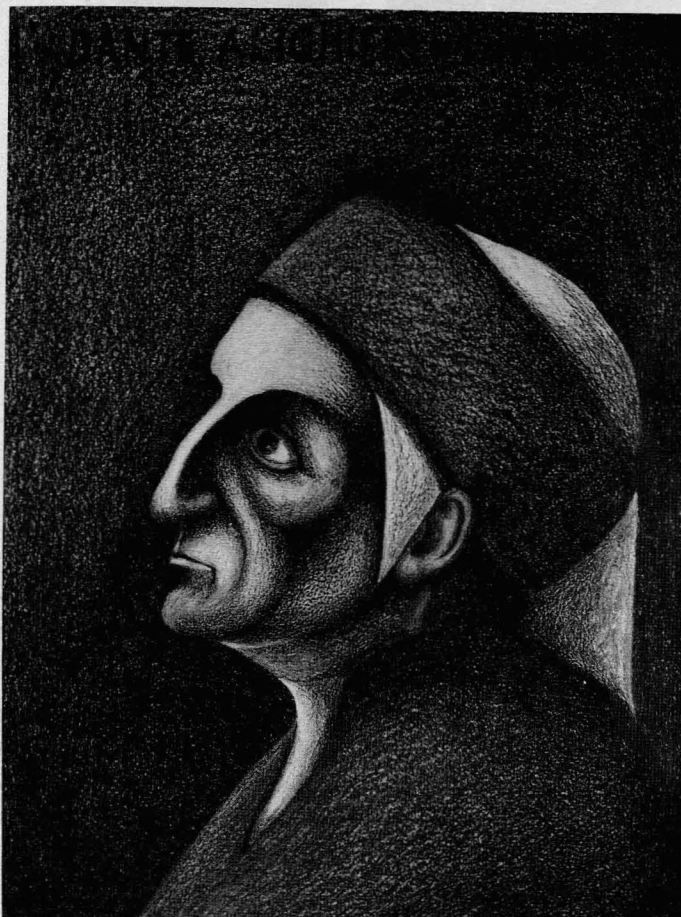

Eloy Urroz

Marcos Davison: La Forma frente a la Nada



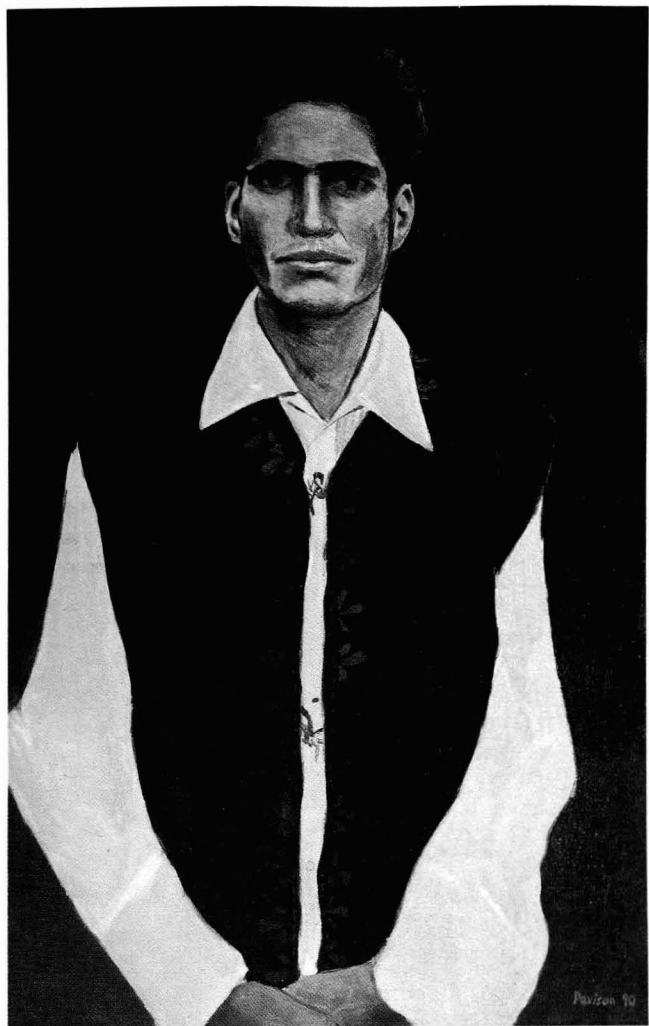
*Me inundas con tu mar y yo te inundo
y cada instante duele porque acaba
y nos quedamos solos en el mundo.*

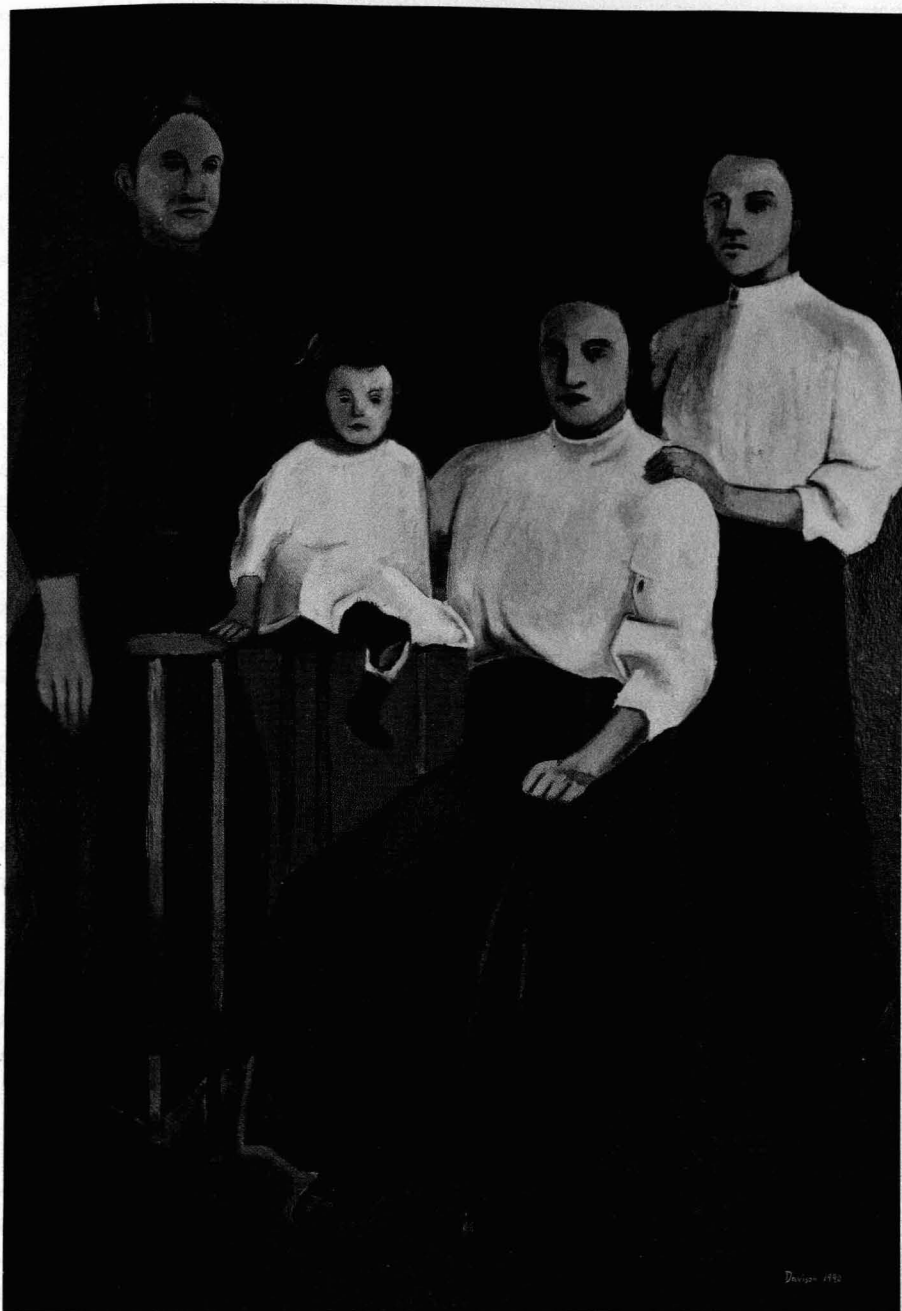
M. D.

Como Lawrence, Hugo o Rossetti, quienes unieron (más tarde o más temprano) la escritura a la plástica, Marcos Davison mantiene aparejadas desde hace años y en un singular diálogo ambas faenas de su itinerario vital. Ante la disipación de los cuerpos, el absurdo de la realidad y sus enormes incongruencias, Davison impone el rigor y el orden a la Vida del arte: al de la pintura tanto como al de la poesía. Contra el sinsentido de la masa en que todos perecemos, Davison intuye una vida allende, equilibrada y acorde, que

presenta a través de personajes dispuestos, predispuestos, predestinados. Meláncolicos o taciturnos que en su anonimato nivelan las partes de la obra, difundiendo con ellos o sólo a través suyo la sensación de Equilibrio y Conjunto.

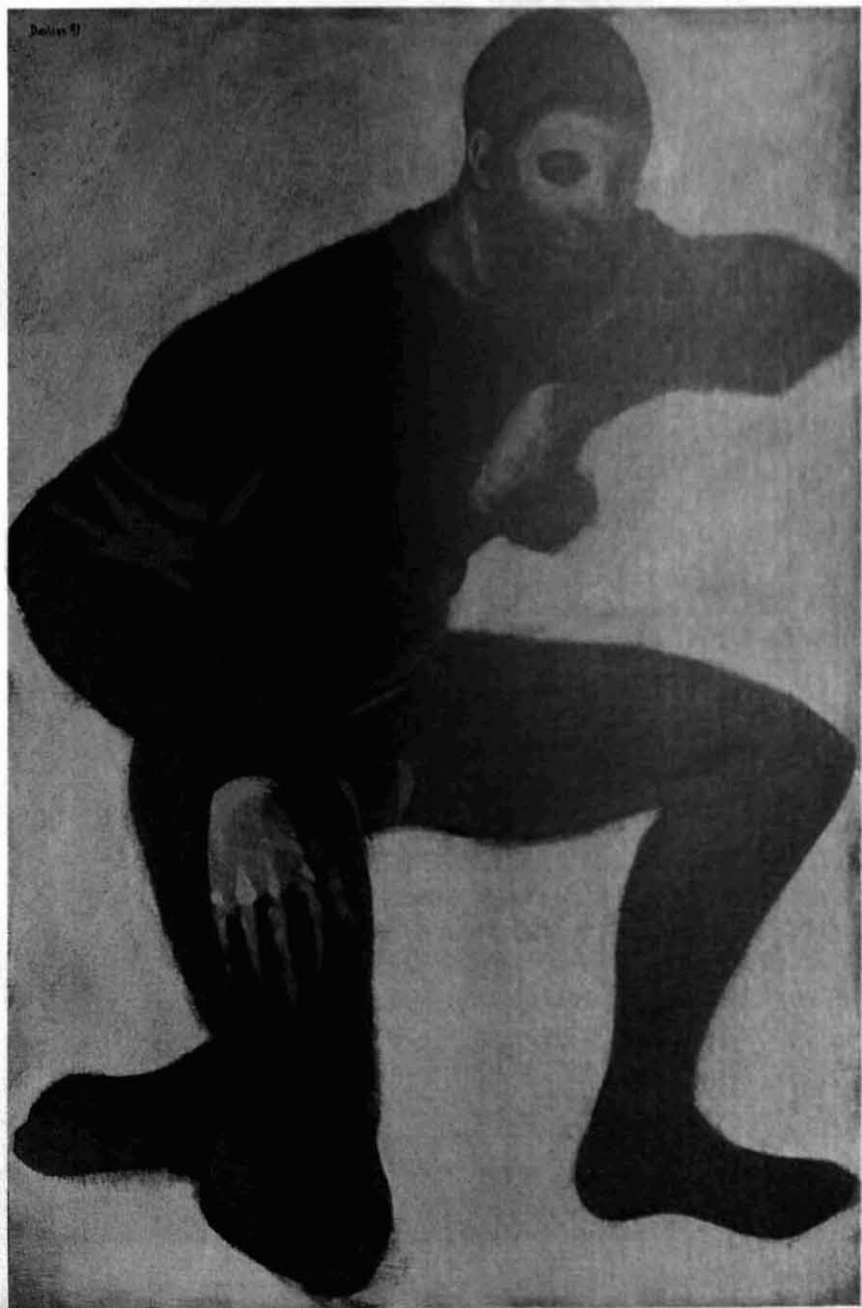
En los óleos de Davison observamos la misma obsesión característica por la forma que impera en sus monólogos y sonetos de Narciso. Sin embargo, no se va a tratar esta vez de Narciso sino de Cristo Redentor aun cuando éste





aparezca en ocasiones sólo como una figura paradigmática con qué representarse él mismo —el autor— y ofrecernos esa belleza que infunde el dolor o la muerte propiciatoria. Así, a Davison no va a importarle otro fenómeno que el de la estética; no es otro su propósito sino el de producir angustia y parálisis por medio de una carga inmensa de belleza que antes él se ha propuesto mostrar haciendo coincidir las partes. Su mundo nada tiene que ver con lo filosófico y menos aún con lo teológico; los desconoce. El mundo que habita y

nos habita a través de sus cuadros es el de la pura forma, la misma que en sus poemas-vaso erguidos se muestra al ávido y al insaciable. Ahora se trata de seres que en los óleos de Davison se alzan incólumes, hieráticos la mayoría de las veces. Mucho más atentos al retrato o al icono que a la acción. Davison no persigue el movimiento o la transgresión del espacio; al contrario, va a negarlo, va a negar cualquier tipo de acción. Ante la fugacidad y la desfiguración a que nos somete el movimiento, Davison opta por el



stasis, la forma inmóvil, tiesa, de un arte espacial, donde lo que más importa, otra vez, es el Conjunto.

Si no al Greco, Davison lleva a pensar en esos cuerpos recortados sobre un fondo liso de Cézanne. Del primero, Davison rescata el color y las formas —el color es forma en cualquier pintor, recordémoslo. Del segundo, la fatal inexpresividad de los rostros, el tedio, la indiferencia: rostros diferentes y sin embargo los mismos. En "Padre e hijo", el hijo bien pudiera ser el padre. Los retratos de familia también revelan más en el mutis y el silencio que los acompaña, que en una posible propuesta argumental de la escena. ¿De dónde tomó Davison estos grupos, cómo los escogió? Fuera del tiempo, los viejos de la taberna arguyen, aunque —yendo más allá, adentrándonos un poco más en la pintura— sabemos que no discuten nada, ni siquiera parlotean pues no hay nada de qué hablar, no hay nada fuera del propio cuadro. Tal vez sí el abismo, quién sabe. La nada es el tema recurrente en Davison. O mejor: la Forma frente a la Nada. Así los Cristos, los hombres o los Narcisos de sus poemas ante la Nada y ya no ante Dios. Pero repito, ante esa Nada, ante ese escepticismo excepcional, Davison se salva con la Forma, con el equilibrio de la forma. Y sin ninguna duda, la forma es para él sinónimo de equilibrio, conjunción irrepetible de ese instante eterno en que sus figuras se van a agotar.

El Dante que Davison se inventa pertenece todavía al mundo de lo inmóvil, al mundo ptoloméico, al cual Davison guarda un último resquicio de fe como si se tratara de un Giordano Bruno egocéntrico y moderno, un Bruno pintor. Otra vez: ante la disipación de la vida y el desprendimiento de las moléculas con que está construido el cuerpo y todo pintor reconstruye siempre, ante ese miedo abisal que es el tiempo y su devenir (como si éste fuera un exceso de la vida), surge lo apolíneo de la forma en la pintura de Davison, la primera muestra de un arte natural y, por tanto, perfectamente geométrico. ◇